

Bioética, inmigración y mestizaje (El caso europeo. El caso español)¹

Javier Sadaba²

Resumen

En primer lugar nos preguntamos por qué la Bioética ha de ocuparse de la inmigración. Y ahí se muestra la importancia de la inmigración en la construcción del *Homo Sapiens Sapiens*, la necesidad de la genética de poblaciones y los peligros, tanto del especismo como de una identidad que supravalora el fenotipo. En la segunda parte se estudia hasta qué punto el intercambio cultural y los flujos migratorios son un choque incontrolable o un complemento dentro de la identidad humana. Y, finalmente, se hacen una serie de propuestas, más allá de una idea superficial de mestizaje, para conciliar lo particular con una visión realmente universalista.

Palabras clave: Bioética, inmigración, mestizaje, genética de población, especismo, intercambio cultural, identidad humana.

¹ Versión revisada del trabajo de reflexión presentado en el XIII Seminario Internacional de Bioética.

² Filósofo español. Doctor en Filosofía y Letras. Premio extraordinario por la tesis titulada: *El concepto de filosofía en Ludwig Wittgenstein y su aplicación en el lenguaje religioso*. Realizó estudios de Teología en Roma antes de optar por la Filosofía, que le llevó a las universidades de Tübingen (Alemania), Columbia (Nueva York, EE.UU.) y Oxford y Cambridge (Reino Unido). Es catedrático de Ética y Bioética en la Universidad Autónoma de Madrid, ha publicado numerosos libros y ensayos, su firma aparece con frecuencia en diversos medios de comunicación.

Página personal: www.ffil.uam.es/filosofia/profesorado/sadaba.html.

Correo electrónico: sadaba@nodo50.org

Abstract

In the first place we wonder why bioethics has to do with immigration. There the importances of immigration in the building up of Homo Sapiens Sapiens as well as the need of the genetic of populations and “specism” dangers as an identity that overvalues the phenotype are shown. In the second place, the study deals with the point of the intercultural interchange and migratory movements as an unmanageable shock or a complement into the human identity. Finally, several proposals are done, beyond a superficial idea of the races mixture, in order to integrate particularities with an actual universalistic view.

Keywords: Bioethics, immigration, mestization, genetic of populations, specism, intercultural interchange, human identity.

I. Bioética

Es un tópico afirmar que la Bioética es una disciplina compleja. Y las razones son varias. En primer lugar, porque en ella se entrecruzan dos mundos distintos y, a su vez, muy amplios. Por un lado, la biología y, por otro, el de los valores humanos. Lo cual hace no tanto que nazca un monstruo, como objetarían algunos de sus detractores, pero sí un gigante. En segundo lugar, nos encontramos con una materia en expansión y que, al ser excesivamente reciente, está, por así decirlo, *in fieri*. Y, en tercer lugar, habría que poner de relieve que es una actividad teórica y práctica en la que abundan los choques ideológicos. En efecto, es difícil referirse, por usar un contraste, a las matemáticas cristianas o paganas. Hay matemáticas a secas. Existen, sin embargo, bioéticos que se autotitulan confesionales o teológicos. Y esto hace que en Bioética las disputas, a veces con puño de hierro, salten a un primer plano. Pero, a pesar de estas y otras muchas dificultades que podríamos añadir, la Bioética ha ido encontrando su camino, aunque, en ocasiones, con una velocidad que refleja más oportunismo que auténtico interés por su cometido. Y, dentro ya de la recepción que la Bioética ha ido teniendo, nos gustaría resaltar, para completar el cuadro, las diferentes posturas que se han dado ante su nacimiento. Los filósofos fueron reticentes en un principio. Es como si alguien hubiera pisado su jardín. Se cita la conocida frase de

S. Toulmin, según la cual la medicina, en su versión biomédica, habría salvado a la ética, como el toque de trompeta para cambiar de actitud; y comenzar así a preocuparse y a tomar en serio esta nueva disciplina que había hecho su aparición en la república del saber. Aun así, todavía son relativamente pocos los filósofos entregados a la Bioética. Y no es fácil encontrar cátedras, revistas u otros medios de investigación y difusión que procedan directamente del campo filosófico. Bien distinta fue la reacción de la medicina. Si hoy podemos hablar de biomedicina como algo adquirido es porque desde van Potter, pasando por Callaham y una legión de profesionales clínicos, se han tomado en serio el quehacer bioético. Finalmente no habría que olvidar a los teólogos. Algunos, como B. Brody, sostienen que han ido desapareciendo de la escena los Fletcher, Ramsey, Rahner, Cormick y un largo etcétera que fue muy activo en los comienzos de la Bioética. No deja, sin embargo, de ser una verdad a medias. Porque, si bien es cierto que las figuras más relevantes pertenecen a la primera época, los clérigos, teólogos y laicos dedicados a la causa cuentan hoy con cátedras, institutos, publicaciones, editoriales y todo un poderoso arsenal para defender las creencias cristianas del cerco, según ellos, al que les estaría sometiendo una Bioética instalada en el corazón de la ciudad y, en consecuencia, claramente laica.

La Bioética, por otro lado, ha ido estirándose y desde un núcleo más duro, que se resumiría en la genética y sus aplicaciones, ha ido incorporando otros terrenos. En realidad no debería haberlos perdido nunca. No olvidemos que van Potter o precursores como el ecologista A. Leopold consideraron que la Bioética debería estar al servicio de la supervivencia del ser humano precisamente a través de la armonía con su entorno. El escrito tardío del citado van Potter Ética Global no es sino un intento por juntar todas las piezas que interesan a la Bioética, evitando desarrollos excesivamente unilaterales. Existe, no obstante, una disciplina que, rozando la Bioética, no ha logrado hermanarse suficientemente con ella. Se trata de la Antropología. Se me objetará que la genética de poblaciones, que es un retoño de la Bioética, trabaja codo a codo con la Antropología. Eso es verdad. Sólo que nos referimos a la Antropología en un sentido muy preciso. Y es que, al margen de lo que digamos de, por ejemplo, la deriva genética o la relevancia de los distintos grupos sanguíneos, tendremos muy en cuenta como *background* lo que, siguiendo a E. Tugendhat, es la

estructura antropológica del ser humano³. Veamos algún ejemplo para que se entienda qué es lo que queremos decir con “estructura antropológica”. Una diferencia esencial entre el *Homo Sapiens Sapiens* y los animales superiores consiste en que nosotros poseemos un lenguaje no de meros signos sino con forma predicativa. Es lo que nos posibilita hablar de las fantasías más exóticas e incluso de lo que no existe. Es probable que la igualdad de trato entre los miembros de la especie también sea una estructura básica que más tarde se alteró a causa del poder arbitrario de una parte de la comunidad. Y se podría, tal vez, considerar el deseo de seguir viviendo incluso *post mortem*⁴ como una de tales estructuras. No me extrañaría que alguno piense que lo expuesto pertenece a la típica especulación filosófica. No creo que sea así. Pienso, por el contrario, que podemos hablar de la identidad de la especie humana haciendo referencia a ese conjunto de estructuras que nos definen como humanos. Es posible, desde luego, recurrir también a factores ligados a la genética. Y después lo haremos. Pero esto último sirve más para negar que para afirmar. O, lo que es lo mismo, es más útil para negar diferencias sustanciales entre los humanos que para caracterizar lo que realmente somos, cómo nos tratamos, cómo interactuamos, cómo nos sentimos, en suma, impelidos a construir una comunidad moral.

No son pocos los que consideran que la Bioética es una “ética aplicada”. Y, a buen seguro, la más importante de tales éticas. Pero llamar a la Bioética “ética aplicada” tiene sus riesgos. Porque si bien mantiene un núcleo de verdad, puesto que se instala en lo que se ha dado en denominar el “giro aplicado” de la ética, no es menos cierto que no existe unanimidad a la hora de otorgar al término “aplicada” un significado preciso. Tanto es así que algunos lo reducen a la creación de determinadas reglas adicionales y que se suman a los principios a la hora de derivar conclusiones morales. Por nuestra parte entendemos por ética aplicada aquel dominio de la realidad que por su extraordinaria importancia o inédito desarrollo requiere una atención muy especial por parte de la ética. Es el caso de la Bioética. Y, una vez hecha esta precisión, añadamos que la Bioética se nos

³ Surgiera ésta cuando surgiera e independientemente de si es similar en otras especies, como podría ser el caso del Neanderthal. En modo alguno deseáramos que se nos acusara de especismo estricto.

⁴ No la inmortalidad en cuanto tal.

muestra, en uno de sus rostros, como una ayuda para resolver conflictos socio-políticos. No conviene olvidar que es fácil dejarse fascinar por los avances biológicos, relegando a un segundo lugar el valor político que corresponde a la ética inserta en la Bioética. Es a ese valor al que vamos a referirnos enseguida y para ello nos vamos a centrar en un viejo pero renovado fenómeno humano. Se trata de flujos migratorios⁵ y que plantean problemas que debemos encarar dándoles, en lo posible, solución.

II

Antes de entrar directamente en la inmigración, conviene que hagamos un breve recorrido que refresque la idea de lo importante que han sido las migraciones en la evolución humana y en la historia⁶. El estudio de los genes del ADN nos muestra mutaciones y, calculando tales mutaciones entre dos especies, es posible determinar el tiempo evolutivo que las separa. El método, que se conoce como “reloj molecular”, pone al descubierto que hace unos cinco millones de años existió un antepasado común del ser humano y del chimpancé⁷. Esos antepasados vivieron en África. Pronto comienzan a salir de sus nichos y el *Homo Erectus*, por ejemplo, ocupa otras partes del mundo. Las distancias genéticas, por lo demás, posibilitan construir árboles evolutivos y en esta tarea han sobresalido investigadores como el japonés Kimura o el italonorteamericano Cavalli-Sforza. En cualquier caso y dejando de lado el laberinto evolutivo, parece que nuestra especie desarrolla una fuerte expansión hace unos -60.000 años. Situados ya en las grandes migraciones, no estará de más recordar algunas de sus características. Lo que se conoce como “densidad de saturación” hace que un pueblo tienda a expandirse⁸. Las migraciones, además, pueden ser reducidas o amplias. Es obvio que las más decisivas son estas últimas. Y son las que reciben el nombre de “colonizaciones”⁹.

⁵ A los que van asociados los flujos genéticos, al nivel que sean.

⁶ Hay un aspecto teórico que sólo vamos a rozar y otro, más práctico, que es el que nos interesa. Ambos, sin embargo, están entrelazados.

⁷ El gorila se situaría unos años atrás y, más atrás aún, el orangután.

⁸ Pensemos hoy en China.

⁹ Históricamente y por tanto muy cercanos en el tiempo son, por ejemplo, las que tienen lugar con los griegos a través del Mediterráneo.

Por otro lado, tampoco convendría olvidar que las migraciones, junto a las mutaciones génicas, la selección natural y la deriva genética son los cuatro factores evolutivos fundamentales. Como tampoco hay que olvidar que las migraciones tienden a reducir la variación genética entre los pueblos, aunque las que, de hecho, se dan no bastan para borrar las diferencias genéticas entre las distintas poblaciones¹⁰. Una pregunta inmediata que nos podemos plantear es qué fue lo que facilitó las grandes migraciones. La respuesta tiene que ver con los medios de transporte; y, más concretamente, con la navegación. No hace falta sino comparar los instrumentos de los cazadores-recolectores con los que se poseen ya en el Paleolítico y en el que se va a producir una gran expansión. Es la técnica¹¹, por tanto, el medio que hace posibles las grandes migraciones en intensidad y en extensión. Por supuesto que existen otros factores que favorecen las migraciones, como son la citada presión demográfica, la falta de alimentos o las inclemencias climáticas. Algunos añaden, y no sin razón, la capacidad lingüística¹². De ahí que acostumbre a distinguirse, digámoslo de paso, entre migración de individuos, que es la que, *in casu*, nos importa, y la de las palabras, que recibe la denominación de “difusión léxica”. Y no sería necesario añadir, para acabar este apartado, que los obstáculos externos a las migraciones son, entre otros, los accidentes geográficos; esto es, los mares, las montañas y los ríos.

Es un hecho, en buena parte debido a las citadas migraciones, que el *Homo Sapiens Sapiens* forma una especie. Pero, ¿qué entendemos por “especie”? Un grupo de individuos que, al menos potencialmente, es capaz de reproducirse entre sí¹³. Sucede, sin embargo, que algunos han añadido subespecies a la especie en cuestión y han llamado, a tales subconjuntos, razas. Y tales razas no sólo las han defendido tipos como el denostado Gobineau sino también el prestigioso neodarwinista Dobzhansky. A la yugular de los defensores de las razas se han lanzado autores que van

¹⁰ Pero ¿qué pasaría dentro de 200 años si continuara el mismo ritmo de emigración de ecuatorianos hacia España?

¹¹ Y no la tecnología.

¹² Que empezó con los imperativos hasta alcanzar la estructura SP.

¹³ No es el caso, hasta el momento, del *Homo Sapiens Sapiens* y el chimpancé, y si lo es, aunque raramente, el que se da entre el lobo y el perro... y hay quien sostiene que se dio entre el *Neandertal* y el *Cromagnon*.

desde Gould a Lewontin. No es cuestión de entrar en las sofisticadas disputas de éstos con los últimos defensores de ciertas formas de racismo. Entre dichos defensores sobresalen Burt, Jensen o Herrnstein, quienes, intentando demostrar diferencias relevantes en el coeficiente intelectual, remitían, en última instancia, a diferencias genéticas y, en consecuencia, deducían la superioridad intelectual del blanco sobre el negro. Es más que probable que, como escribe Lewontin, el concepto de raza no es que sea erróneo, como enseguida veremos, sino que ni siquiera llega a ser un concepto. O, como también escribía el antropólogo Levi-Strauss, el término “raza” lo único que hace es esconder interesadas diferencias sociales de clase. En cualquier caso y para poder entrar cómoda y directamente en la inmigración, los conflictos que genera y sus posibles soluciones, no está de más que nos detengamos brevemente en el racismo. O, mejor, en tres tipos de racismo que funcionan en niveles distintos y que, por consiguiente, merecen un tratamiento diferenciado. Pasemos a ello.

Comencemos por el en teoría más débil pero que, paradójicamente, es más difícil de derrotar que los restantes y que se presentan con una supuesta solidez. Este racismo débil podría recibir el nombre de racismo del miedo o de la ignorancia. Y es que supone que las costumbres propias, debidamente mitificadas, son superiores a las de los otros pueblos. Este racismo, de origen pobremente cultural y en el que podríamos recrearnos y hasta ridiculizarlo ad nauseam, suele ser favorecido por los muchos, más de doscientos, Estados que se reparten el poder en nuestro planeta. En una vieja y errática dialéctica, la afirmación de lo propio se alimenta de la negación de lo ajeno. Los conflictos bélicos y las migraciones intensas aceleran dicho proceso cuasirracista¹⁴. La propia identidad comunitaria que, como la autonomía individual tendría que servir para afianzar, primero, los lazos comunes y abrirse, después, a lo distinto, se cierra sobre sí misma considerando inferiores a todos aquellos que no pertenecen al pueblo elegido no se sabe bien por quién. Y, así, cuando las circunstancias lo favorecen, dos pueblos pueden negarse con una ferocidad que, repetimos, es cuasirracista. Piénsese en los israelitas¹⁵ y en los palestinos. Una expresión más inofensiva pero plástica de lo que venimos diciendo son

¹⁴ Si alguien desea llamar a este racismo simplemente xenofobia está en su derecho.

¹⁵ Sobre todo en ellos.

los himnos nacionales. Debería dar vergüenza cantarlos, dada la cantidad de falsedades y tonterías que contienen. En la tercera parte de este trabajo intentaremos minar las raíces del mentado racismo. Pasemos al segundo nivel. En este nuevo tipo de racismo podemos introducir condiciones biológicas. Y es que, a causa de la necesaria adaptación de los organismos, se dan diferencias morfológicas entre grupos étnicos, producto, por ejemplo, del clima. Es el caso, conocido por evidente, del “color” negro¹⁶; o del volumen del cuerpo o de la forma del cabello. El pelo crespo, por ejemplo, al retener el sudor, sería propio de los individuos que viven en zonas calurosas. Otro ejemplo clásico es del los judíos azkenazíes y los sefardíes. Los primeros son rubios, mientras que los segundos son morenos. Es probable que tal diferencia se deba al intercambio de flujos genéticos por medio de los matrimonios, unos con centroeuropeos y los otros con mediterráneos. De esta manera el fenotipo¹⁷ ha ido separando a ambos. Y, dicho entre paréntesis, no parece que sea inocente una cuña estética que acostumbra a introducirse en este nivel. Y es que se afirma que los ojos rasgados orientales son de especial belleza. Se trata de una tonta condescendencia con lo exótico. Más peligroso sería el repetido ejemplo que se pone, al hablar de la neoeugenesia positiva, y según la cual la gente, si pudiera, seleccionaría bebés altos, blancos y con ojos azules. Esto es más que una trivialidad. Es una manera de colocar a los blancos en la cima de lo estético; ua cima que, por desgracia, puede hacer que caigamos por alguna de sus laderas¹⁸. Este segundo nivel de racismo, en suma, es algo superficial, fruto de condiciones cambiantes y del que nada se podría seguir. De ahí que cualquier referencia al color o a las formas se quede en mera anécdota. Si se pasa de ahí, se vuelve a caer o en la ignorancia o en una supervaloración de datos que en sí mismos son neutros. Es hora de pasar al tercer nivel. Éste sería el duro y, en puridad, tendría que recibir el nombre de “racialismo”, puesto que se presenta como una teoría según la cual existe una base estrictamente genética de la que se deducirá que existen diferentes razas. Nos detendremos en la refutación del racialismo, ya que los otros dos, citados anteriormente y

¹⁶ Aunque luego entraremos en ello, se debe a A. Gutman la expresión “atención a lo negro” para resaltar la necesidad de contrarrestar el desprecio o indiferencia para con los negros en EEUU.

¹⁷ A no confundir con el *extended phenotype* de Dawkins, aunque se dé cierto parentesco.

¹⁸ Por otro lado, no acabamos de ver relación alguna con la selección sexual como ayuda a la natural.

persistentes como una epidemia, nos conducirán más adelante a la inmigración y sus problemas. Y lo que exigirán son medidas de reforzamiento interculturales o medidas pedagógicas, para no dar más importancia a lo que no pasa de ser algo accidental. Pero, ¿cómo refutar el racismo o racismo de tercer nivel? Son tantas las voces y los argumentos que se han dado en su contra mostrando que la diversidad intraespecífica es mínima y que no autoriza ningún tipo de racismo consistente que no nos detendremos mucho en ello. Bastaría con remitir a los datos que tenemos ya a disposición después de la secuenciación casi completa del Genoma Humano; y que nos demuestran que, genéticamente, somos casi clónicos. Aun así, recordemos la afirmación de Gould según la cual si desapareciera toda la humanidad, excepto África, se conservarían más del noventa y ocho por ciento de los genes humanos. Además, puede haber menos diferencia genética entre un sueco y un marroquí que entre éste último y otro de su misma nacionalidad. Todo lo cual patentiza que la distribución genética entre los humanos no permite aislar razas en su sentido fuerte. Todavía más, el polimorfismo genético pone de manifiesto lo que venimos afirmando. Y es que, en palabras de Lewontin, “no hay genes raciales puros”; es decir, no hay un grupo racial que tenga una dotación doble de alelos (variantes de un gen) que esté completamente ausente en los demás grupos. Y si nos fijamos en los RFLP (polimorfismo de restricción de fragmentos de ADN, vulgarmente llamados “rifflips”) se trata de diferencias ortográficas de los genes que cambian de individuo a individuo. Por lo que podemos asegurar que no hay “marcadores puros”. A pesar de lo dicho, el racista puede resistirse. Así, Sokal, explorando las frecuencias genéticas, ha llegado a hablar de “barreras genéticas”, causadas por los matrimonios. Pero tales barreras son un tanto arbitrarias y parecen poco significativas. Otro tanto se podría afirmar de la llamada hipótesis clásica y para la cual, en circunstancias naturales, los individuos serían homocigóticos (alelos iguales) y, en consecuencia, se les podría tomar como tipo ideal o representativo del que divergirían los demás. De nuevo habría que repetir que se trata más de pequeños juegos que de grandes diferencias. En cualquier caso y como ocurre en otros contextos, quien esté dispuesto a encontrar diferencias relevantes acabará dando con ellas y las magnificará. Por eso, quien esté obsesionado por mitificar el nombre de raza no desistirá de ello. Y quien, en fin, piense que, por ejemplo, pertenecer al grupo sanguíneo A, en vez de al B, al AB o al O, es

suficiente para introducir una distinción significativa entre los humanos, se mantendrá en su postura de tozudez. Contra éstos y parodiando al clásico, no nos ayudan ni los dioses.

En este punto importa dar un paso más y, cambiando de tercio, recurrir a la moral y al derecho. Comencemos por este último recordando la Declaración de las Naciones Unidas de 1948. En su artículo 2 sostiene que los Derechos Humanos se tienen “sin restricción de cualquier tipo, como raza, color, sexo, lenguaje, religión, opinión política, origen nacional o social”. Traducido a un lenguaje que es anterior y fundante del derecho, como es la moral, habría que decir que en los humanos hay una igualdad de trato sustancial y que las discriminaciones no son tolerables por el hecho de que provengan de diferencias accidentales. Esto es esencial y destruye, como radicalmente inmoral, toda forma de racismo. Pongamos un ejemplo que me es querido para ejemplificar lo expuesto. Después de la Primera Guerra Mundial, se descubrió un nuevo sistema de grupo sanguíneo. Se trata del producido por el gen denominado RH. Existen dos tipos: el RH+ (positivo) y el RH- (negativo). La mayoría de las poblaciones son mayoritariamente positivas. La frecuencia más elevada de negativas, más del veinticinco por ciento, se encuentra entre los vascos. ¿Significa esto que tienen más derechos o que son superiores al resto de los humanos? Sería del todo absurdo (otra cosa es que, por exigencias democráticas, tengan derecho a autodeterminarse y elegir su destino político fuera o dentro de España y Francia). La conclusión que hemos de sacar de todo lo expuesto hasta el momento es que, siendo, como somos, sumamente singularizados, eso no quita un ápice a nuestra identidad en cuanto miembros de la especie humana. Y si queremos añadir un rasgo filosófico a lo dicho, citaré aquí a L. Wittgenstein, quien en las Investigaciones Filosóficas, parágrafo 281, escribe: “Sólo de un ser humano y de lo que se le parece... se puede decir: tiene sensaciones, es ciego, oye, es sordo, es consciente o inconsciente”. Nada de extrañar que en las mismas Investigaciones escriba también que si un león hablara no le entenderíamos. Y es que nuestros criterios para detectar a uno más en la comunidad funcionan con la suficiente fluidez como para sentirnos iguales, independientemente de los rasgos que hace a Javier distinto de Elena. De ahí la necedad de despreciar, basándose en razones pseudocientíficas, a los que no son exactamente iguales. Yo soy muy desigual,

jugando al fútbol, a Ronaldinho. Pero somos iguales en derechos, independientemente del color de cada uno.

Demos un salto ahora y coloquémonos en la situación actual. Y, más concretamente, en las inmigraciones que se están produciendo en Europa y, de un modo especial, en España. Y veamos, al mismo tiempo, cómo hemos de enfocarlas desde un punto de vista bioético. Se trata, obviamente, de una migración dentro de las muchas que se han dado y a las que hicimos referencia. Es ésta, sin duda, una nueva inmigración que va en aumento y que en ocasiones muestra un rostro extraordinariamente dramático¹⁹. Y es que los pueblos ricos, como sucedió en el sedentario Neolítico, atraen a los pobres. Los Estados, por su parte, afianzan sus fronteras decretando quién posee el título de ciudadano de éste o de aquel país. Sólo algún ejemplo del poder cuasidivino de los Estados. Las personas que acrediten poseer antepasados alemanes tienen asegurada la entrada en la patria alemana, al igual que quien demuestre que es judío, aunque provenga de Etiopía y sea de color negro, será acogido por el Estado hebreo. O, por poner un ejemplo a la inversa, Malawi niega la ciudadanía a quien no sea negro subsahariano. No estará de más recordar que su presidente, Banda, es vitalicio. Sea como sea y dada la separación casi abismal entre el Norte rico y el Sur pobre, las principales migraciones se darán en dirección Norte²⁰. Pero surge inmediatamente la pregunta: ¿Quién es un emigrante y, más concretamente, un inmigrante? Las distintas fuentes que tratan el tema no suelen ser lo suficientemente precisas²¹. Si se afirma que inmigrante es quien cambia de Estado con el fin de mejorar su situación por los más diversos motivos caemos en cierta vaciedad conceptual. Y es que podríamos contar como tales a los alemanes instalados en España en las islas Baleares y que poseen un alto nivel de vida o a los jubilados ingleses, que también viven en España en la costa de Levante con medios económicos superiores incluso a la media española²². De ahí que sea necesario seleccionar alguna nota que describa

¹⁹ Piénsese en los que mueren en el mar viniendo en pequeños cayucos desde el África profunda a España... y no vamos a contar a los desplazados, refugiados o necesitados de asilo, puesto que desborda nuestro trabajo. Como escribía, refiriéndose a España, un conocido economista, “la inmigración no ha hecho más que empezar”.

²⁰ Las horizontales no son tampoco pocas.

²¹ Empadronamientos, datos del INEM (Instituto Nacional de Empleo)...

²² No en vano y cínicamente se les llama “turistas residenciales”.

con mayor exactitud cuál es la dimensión real de la inmigración. En este sentido, llamaremos inmigrante a aquel que, procedente, por lo general, de un país con bajo nivel económico, se traslada a otro que le ofrece la oportunidad de mejorar su situación o simplemente de sobrevivir. En este caso y tomando como referencia al Estado español, los inmigrantes serán el ecuatoriano, el colombiano, el magrebí²³, el subsahariano y un etcétera que se alarga a más de cien países. Dicho inmigrante, solo o con su familia, se traslada a España para encontrar trabajo; y de esta manera enviar remesas de dinero, mediante un sacrificado ahorro, a los que permanecen en su tierra de origen; o bien ahorrar ellos para retornar superando la miseria inicial o bien quedarse definitivamente en el país de acogida. Y todo ello, atravesado por rupturas afectivas, trabas burocráticas y un sinfín de sinsabores. Porque, por mucho que el individuo citado se encuentre en su nueva tierra mejor que en la suya, la precariedad y el ocupar los últimos estratos de la sociedad le suelen acompañar. No olvidemos que en España un inmigrante acostumbra a cobrar la mitad de lo que gana un español²⁴, estará siempre bajo normas que le constriñen de modo especial y recibirá el rechazo, tanto subjetivo de los ciudadanos del Estado receptor, como de unas costumbres que, al no ser las suyas, dificultan una suave adaptación. Todo ello se materializa en una mayor propensión a la depresión y a la melancolía.

En circunstancias como las descritas existen más de 200 millones de personas en el mundo, el tres por ciento de la población total. Y el ritmo de esos traslados forzosos irá en aumento²⁵. Toda Europa está viviendo de manera acelerada el proceso en cuestión. Al Reino Unido llegan, sobre todo, pakistaníes; a Alemania, además de turcos, individuos del Este de Europa y a Italia, tanto de los Balcanes como de África. Y en la citada Europa pasan ya de 15 millones los que son musulmanes. Es España, sin embargo, el laboratorio privilegiado para estudiar la inmigración. Porque ha pasado, en poco más de dos décadas, de ser un país de gran

²³ A toso ellos, por cierto, se les exige visado.

²⁴ Este dato conviene interpretarlo bien: si gana menos, y al margen de la posible explotación de los ilegales, es porque ocupa los puestos menos remunerados.

²⁵ En la primera gran globalización, que va de 1870 a 1913, cerca de 100 millones de personas, europeas la mayor parte, emigraron a otros países.

emigración²⁶ a ser el país de Europa que mayor número de inmigrantes recibe en la actualidad. El cuarenta y cinco por ciento de los que vienen a Europa pasan o se quedan en España. La inversión de la emigración en inmigración ha sido, repitámoslo, espectacular. Si hacemos caso a Javier de Lucas en su libro El desafío de las fronteras, los extranjeros extracomunitarios en España representaban hace más o menos unos siete años en torno al 0,7 por ciento de la población total. Actualmente comunitarios y extracomunitarios suman el 9,9 por ciento. España sería el segundo país de Europa con mayor número de inmigrantes, sólo superado, si contamos los Estados más grandes, en una décima por Alemania²⁷. Es verdad que los rumanos, a la cabeza ahora junto con los magrebíes, son ya comunitarios y, por tanto, no necesitan pasaporte alguno. Aun así, llama la atención su rápida implantación en España. Hace diez años no pasaban del centenar. Ahora se calcula que son más de 600.000. La comunidad islámica, por su parte, es de aproximadamente un millón, lo cual está produciendo choques legales, culturales y morales, como luego tendremos ocasión de ver²⁸. Pero suele ocultarse, y está en relación con lo antes dicho, que después de marroquíes, rumanos y ecuatorianos, la comunidad inglesa es la más amplia en España, superando incluso a la colombiana. Por otro lado y aunque parezca que entramos en contradicción con lo expuesto hasta el momento, tampoco hay que magnificar las cifras. Y es que, frente a ciertos aspavientos o congojas respecto a la pérdida de una cristalina identidad, habría que recordar que el cuarenta por ciento de los norteamericanos no son anglosajones²⁹. Por no hablar de Costa Rica, en donde un tercio de su población es nicaragüense; o, volviendo de nuevo a Europa, la muy próspera Luxemburgo, con la renta *per capita* más alta del mundo, alberga un veinte por ciento de trabajadores extranjeros. Otro tanto sucede con la igualmente próspera Suiza. Y si descendemos a las ciudades, Toronto y Ottawa tienen más del cuarenta por ciento de población inmigrante; y son ciudades, por cierto, en donde raramente se produce un conflicto racial. Existen, por

²⁶ A Latinoamérica y, durante el franquismo, a Francia, Bélgica, Alemania o Suiza.

²⁷ En números redondos y actualizados: si en el año 2000 había 923.000, en el año 2007 hay 4,5 millones; es decir en 7 años, 3,6 millones más.

²⁸ Si nos ceñimos a Madrid, de cada cien madrileños, cinco son ecuatorianos.

²⁹ Más de doce millones son de origen mexicano y sabemos de los problemas con los que choca su deseada regularización.

lo demás, otros pueblos, situados en medio de los ricos y los pobres, como es el caso de Filipinas, China o la India, con una larga tradición de emigración; emigración que no sería sólo consecuencia del hambre, aunque sea ésta una causa importante a la hora de emigrar.

Los Estados, con sus respectivos gobiernos, promulgan leyes llamadas de “extranjería” para regular los flujos migratorios. Con o junto a tales leyes, suelen producirse procesos de regularización de forma que los que viven irregularmente en el país de acogida obtengan los ansiados “papeles”³⁰. Obsérvese que ya la palabra “extranjería” indica que se trata de promover normas frente a un extraño. Un extraño que o bien hace méritos para ser un ciudadano real y no ficticio, o sencillamente recibirá un expediente de expulsión. Ese extranjero, y en una paradójica situación, tal y como insistió con dramatismo en su tiempo H. Arendt, está revestido de unos teóricos Derechos Humanos que no se concretan en la práctica. Las leyes de extranjería, por su parte, han ido endureciendo los requisitos de la inmigración en toda Europa. Y es que ésta, como “coto vedado” o “paraíso anhelado” para muchos de los indigentes que la rodean, no ha hecho sino restringir las condiciones de acceso guiándose, fundamentalmente, por la mano de obra que necesita. Así, la suerte del inmigrante se ha ligado a la citada mano de obra necesaria de los países ricos. Europa, con Francia a la cabeza³¹, aunque últimamente superada por Suiza y sin olvidar al resto de los Estados, está poniendo el listón lo más alto posible para filtrar una interesada inmigración. Ahora bien, la situación no deja de resultar paradójica. Y es que, por un lado, aumenta la necesidad de mano de obra extranjera. En Madrid, por volver a España de nuevo, el gobierno autonómico cifra en medio millón de trabajadores los que se necesitan casi inmediatamente. Y estimaciones de bancos y empresas elevan a más

³⁰ En España y en el 2006 se llevó a cabo una amplia y polémica regularización. Y en relación con la Ley de Extranjería, desde la muy elemental de 1985 se han sucedido varias hasta el 2002, con las correspondientes protestas y recursos.

³¹ Francia tiene una nueva Ley y un Ministerio de Inmigración. Dicha Ley exige a los inmigrantes conocer la lengua francesa y su cultura. Y, respecto a la reagrupación familiar, los reagrupantes han de tener medios económicos suficientes y responsabilizarse de la integración de los reagrupados. Frases como “que vengan los mejores” de Sarkozy resumen bien el espíritu de la Ley. Alemania está haciendo algo parecido desde 2005 y ahí la expresión es “selección de los mejores”. El Reino Unido, finalmente, realiza un examen de inglés y ha dicho adiós al multiculturalismo que exhibió hasta hace bien poco.

de cuatro millones los que requeriría España en los próximos años³². Y, por otro lado, por muchas regularizaciones que se realicen no deja de crecer el número de los llamados ilegales. Éstos continúan entrando en los Estados deseados por mucho que tales Estados se blinden. De esta forma aparece la figura fantasmal del ilegal. Cuando se habla del desarrollo económico español de los últimos años se señala cómo la inmigración ha sido un factor esencial en dicho desarrollo³³. Pero suele dejarse en la sombra que los que más aportan son los ilegales. Con sueldos inferiores a lo estipulado, trabajan como se trabajó en el capitalismo manchesteriano. Y es que un ilegal es un individuo que no puede reclamar nada, ya que si lo hace se expone a recibir un expediente de expulsión. Es cierto que en la mayor parte de los Estados europeos los ilegales que se empadronan reciben la tarjeta sanitaria y pueden enviar a sus hijos a la escuela hasta que finalice la enseñanza obligatoria. Pero ahí acaban sus supuestos privilegios. El resto es llevar una vida como en el bíblico Seol, fantasmal. Son, en fin, una bolsa de explotación para empresarios sin escrúpulos ante la indiferencia, la mayor parte de las veces, de la inspección de trabajo. Se podrían, para acabar este apartado, ofrecer más datos y reflexiones sobre la inmigración o completar gráficos y cifras. Considero, no obstante, que es suficiente con lo que hemos visto. Y es, por lo tanto, hora de pasar a la última parte. En ésta analizaremos los choques culturales generados por la inmigración y los posibles remedios. Y comprometeremos la Bioética para que diga su palabra al respecto.

³² Todo lo cual, lo indicamos antes, va a producir el efecto negativo de que los mejores brazos y cerebros abandonan países en subdesarrollo y que por esta razón son decisivos en sus respectivos lugares.

³³ Estudios del BBVA o de la Oficina Económica del Gobierno estiman que la aportación anual al PIB por habitante ha sido del 0,7 en el periodo que va de 1997 al 2005; es decir, un tercio del crecimiento total de dicho periodo. En cualquier caso, un análisis más profundo exige tener en cuenta otra serie de factores que no siempre coinciden con los tópicos negativos o positivos de la inmigración. Por ejemplo, el aumento o no de la productividad, las aportaciones positivas o neutras a la Seguridad Social, su incidencia en el paro, los gastos que se generan en el país receptor en lo que atañe a sanidad y enseñanza, etc. Estas palabras del economista G. de la Dehesa tal vez sean un buen resumen de todo ello: "En definitiva, los inmigrantes han alargado la fase expansiva del ciclo unos años más, mejorando la convergencia del PIB por habitante con la Unión Europea, retrasando casi una década el problema de la financiación de las pensiones y moderando el aterrizaje de la burbuja de la vivienda pero, también, han acrecentado el abultado déficit corriente exterior de la economía española..."

III

¿Qué hacer, desde una perspectiva bioética, ante un problema mundializado, dividido en el reparto de derechos y bienes, y con un canon de injusticia intolerable?³⁴ Uno no puede ser sino escéptico ante la inoperancia de las instituciones internacionales, el egoísmo de los Estados poderosos y la poca voluntad por remediar aquello que, además de prometer, está en sus manos realizar. Deberíamos, en consecuencia, exigir a los Estados un compromiso serio para ayudar a los países subdesarrollados a salir de su pobre situación y, así, ir resolviendo los problemas generados por una forzada emigración. Brutalmente colonizados y despectivamente descolonizados³⁵, su destino se ha dejado en manos de ignorantes o acaparadores personajes. Mejorar la sanidad, la educación y las infraestructuras, ofrecer microcréditos, llevar un control efectivo de las ayudas económicas, crear cupos de inmigración, tener movilidad para ir y venir a través de las fronteras, etc., serían medios que, al menos poco a poco, podrían ir remediando una situación actualmente deplorable. A pesar de todo, repetimos, si este mundo no cambia sustancialmente, si las fortunas continúan estando en manos de un veinte por ciento que domina al ochenta por ciento restante, lo que acabo de exponer serán pequeños parches más o menos saludables en medio de una situación injusta.

Es hora de cambiar de perspectiva. Es hora de pasar del problema de la inmigración y sus soluciones mínimas a lo que suele proponerse como remedio que, más allá de aspectos estrictamente económicos, ayude a que personas de diferentes partes del mundo, con sus propias costumbres, puedan vivir en armonía. Y aquí hacen su aparición los polimorfismos culturales. Y es que los humanos habitamos en el reino de la cultura o, para decirlo con palabras puestas en circulación por Dawkins, de los memes. Pero antes de continuar no es ocioso señalar que los animales, especialmente los superiores y parientes cercanos nuestros, poseen algún

³⁴ Que mueran al día de hambre 100.000 personas o que cada diez minutos un niño quede ciego por falta de vitamina A es un pequeño recordatorio de la abrumadora desigualdad global.

³⁵ El caso de Senegal, y que afecta directamente a España, es significativo. Padecen una terrible sequía, cae sobre ellos una desarticulada y corrupta administración y, para colmo, los europeos se han hecho con los caladeros de sus costas; caladeros que podrían darles de comer.

tipo de cultura, siempre que entendamos por cultura la transmisión social de habilidades y conocimientos. Así, y según el primatólogo Sabaté Pi, en África y dependiendo de los instrumentos utilizados, puede hablarse, entre los chimpancés, de tres tipos de cultura. Y los bonobos, esa simpática especie de chimpancés, descubierta en los años veinte del pasado siglo, dirimen sus conflictos de forma pacífica, recurriendo al sexo y a las caricias. Todo un modelo para los humanos. Y quedándonos ya en los humanos, nosotros somos muy distintos en tales conductas culturales y que llamamos costumbres. Piénsese en la religión. Las hay monoteístas, politeístas y hasta ateas. Y es un sano ejercicio de curiosidad husmear o comparar las costumbres de los diferentes pueblos. El beso no significa lo mismo en Europa que en Japón. En Japón es raro oír contar un chiste, por mucho que se rían de otras cosas que a nosotros no nos hacen ni pizca de gracia. Los esquimales dan una notable importancia al ombligo, mientras que para nosotros pasa bastante desapercibido. Los bosquimanos ofrecen, como muestra de cortesía, sus esposas a los huéspedes. Y en el viejo Tíbet aún existe la poliandria. Si, en suma, genéticamente somos casi clónicos, en costumbres conformamos un mosaico, un puzzle o un rompecabezas³⁶. Sucede, sin embargo, y esto es de importancia, que algunas costumbres no podemos tomarlas, sin más, a beneficio de inventario. Es el caso de la ablación del clítoris, que se practica en más de treinta países de tradición musulmana. ¿Se puede tolerar dicha práctica por condescendiente que sea un multiculturalismo, tal y como hasta el momento se practicaba en el Reino Unido, Holanda o Canadá? Parece que no. Conviene, entonces, distinguir, teniendo siempre como telón de fondo la inmigración, entre dos tipos de choques culturales. Uno exige conciliación. El otro debería introducir algún tipo de prohibición por considerar, a la praxis en cuestión, una inmoralidad. Fijémonos en este último punto. Si se daña la integridad física de una persona, no vale echar mano de algún tipo de relativismo cultural sino que debemos condenarlo moralmente. Esto no es eurocentrismo o visión imperialista de los Derechos Humanos. La tortura está moralmente mal en Colombia, España o China. Por eso no puede pasar como mercancía intocable a través de ninguna aduana que defienda la universalidad de la moral. La ética es,

³⁶ A mí me gusta el fútbol y no me interesa nada el béisbol o me apasiona la polifonía de un coro y no me dice nada el flamenco.

desde luego, un producto de nuestra condición cultural. Pero no es un meme o costumbre más. Su cometido es normativo; es decir, impone límites o deberes para que podamos vivir lo mejor posible dentro de ellos. Lo demás es simple demagogia. Pero existen otro tipo de choques que afectan a las costumbres en cuanto tales y que aumentan y se agudizan con la inmigración³⁷. Si antes nos referimos a la terrible ablación del clítoris, ahora y cambiando de escenario, nos podríamos detener en el velo con el que se cubren las mujeres musulmanas que siguen al pie de la letra el mandato del profeta, recogido en una de las suras del Corán. En dicha sura, se impone a las mujeres cubrirse con una “cortina”. Creo que esto es humillante para la mujer puesto que la minimiza respecto al varón, pero de ahí no concluyo que deba, sin más, prohibirse. A lo sumo lo desaconsejaría. Otro tipo de choques culturales son más indiferentes y tienen que ver con los hábitos de cada uno de los pueblos. Para los españoles, por ejemplo, los latinoamericanos oyen música con muchos decibelios, invaden las plazas, inundan los parques con sus familias, son excesivamente religiosos o aman fervorosamente a los Estados que les vieron nacer. Se notará de inmediato que esta especie de agravios es propia de una sociedad pujante desde hace poco tiempo, que mira con desdén a los que, viniendo de fuera, mantienen o sus costumbres o sus necesidades. Y es que si se sientan en las plazas o parques no es sólo a causa de que proceden de lugares más calurosos sino por la falta de dinero para entrar en los bares, que tanto gustan a los españoles. Añádase a ello el antes mentado color de la piel³⁸. Todo junto lleva al rechazo. En un paso más, a la xenofobia. Y en un paso ulterior, al racismo del que en su momento hablamos. ¿Qué hacer ante ello? ¿Puede la parte ética de la Bioética proponer alguna solución que nos sea de interés? Es a lo que vamos a pasar para acabar. Y es lo que titulamos como mestizaje.

Hay quien sugiere, como una buena solución a los problemas que hemos ido desgranando, el mestizaje. Pero, ¿qué es el mestizaje? La etimología de mestizaje proviene de la palabra latina *mixticius*. Y quiere decir “mixto”

³⁷ Entre los españoles el problema de la inmigración es, junto al terrorismo, la preocupación fundamental, según recientes encuestas.

³⁸ Es curioso que de lo que ahora se quejan los españoles respecto a los emigrantes es de lo que se quejaban antes, por ejemplo, los alemanes respecto a los españoles.

o “mezclado”. Sólo que el origen del uso de la palabra en castellano hay que localizarlo en la conquista de América. Un mestizo sería el nacido de blanco e indio, o de negro y blanco. Y a este uso originario se le dio un sentido peyorativo. El blanco, superior, se habría contaminado con lo negro o con lo indio, inferior. Resulta, sin embargo, que en nuestros días y como oposición al rancio racismo, a la idea de mestizaje se le ha ido dando, por el contrario, un tono positivo. Tanto es así que algunos comienzan a hablar, críticamente, de la “obsesión o mitificación del mestizaje”. Se quiere dar a entender con ello que la reacción contra racistas, semirracistas o colonialistas puede caer en otro extremo y tomar tintes fundamentalistas. ¿Qué decir a esto? Es obvio que la obsesión y mitificación primera fue la del colonialismo. Cuando los boers de África sostenían con pseudoargumentos bíblicos que los negros eran inferiores a los ingleses y holandeses no hacían sino revestir su arbitrario poder con pobres excusas. La frase de Levingstone: “Dios creo a los blancos y el diablo, a los mestizos” es un botón de muestra de esa actitud. Ahora bien, si, como en su momento vimos, el racismo genético no tiene base empírica alguna, ¿de qué mestizaje se está hablando cuando, con la mejor de las intenciones, se le prima como remedio contra los problemas de la inmigración y se establece como el modelo humano ideal? Porque si se trata del mestizaje genético, se está cayendo, inconscientemente, en el error de sus oponentes. Y es que no necesitamos mezcla genética alguna. No hay nada que igualar y los polimorfismo genéticos son variaciones sobre un mismo tema. Tal vez se nos podría objetar que pueblos aislados, como el caso de Islandia, pudieran padecer deriva genética o no poseer lo que se conoce como el vigor de los heterocigotos (varios alelos). La deriva genética, como es sabido, se debe a fluctuaciones meramente aleatorias de los genes. De esta forma puede surgir, por así decirlo, una subpoblación que se va aislando de aquel tronco inicial del que se separó. Es lo que sucede en la citada Islandia, en la isla italiana de Cerdeña o entre los vascos. Algún ejemplo, tomado del ámbito cultural, explica con plasticidad qué es la deriva genética en cuestión frente a la uniformidad de una gran población. Así, mientras el Imperio Romano fue fuerte y sus distintas regiones se mantenían interconectadas por tierra y mar, la lengua latina continuó siendo homogénea. Cuando tal Imperio se derrumbó, el latín se fragmentó, dando lugar a las diferentes lenguas románicas. O, por volver de nuevo a Islandia, en este país, fundado por noruegos, todavía

se habla una lengua muy parecida al antiguo escandinavo, lo que les posibilita leer las antiguas sagas. Trasladada la metáfora cultural al campo de la genética, lo más que tendríamos que afirmar ante una situación de aislamiento es que ciertos rasgos, piénsese en el citado RH- de los vascos, se mantienen. Pero poco más. De ahí pocas conclusiones se pueden sacar que sean relevantes. Quizás que la endogamia traerá consigo una mayor reproducción de algunas enfermedades monogénicas al permanecer presentes en los genes recesivos³⁹. Pero no parece que esto sea una objeción fatal contra el aislamiento genético que, por cierto, nunca será total y, además, está en interacción constante con otros factores, como es la selección natural. Es cierto que, en unión con lo anterior, la objeción puede pujar e insistir en que es un dato que la selección natural favorece a los heterocigóticos frente a los homocigóticos. Y es que éstos últimos irían siendo eliminados a favor de los heterocigóticos, puesto que la variedad de alelos es capaz de hacer frente a posibles patologías⁴⁰. Una vez más, no se ve bien qué deducción interesante se puede sacar de ahí contra las poblaciones que se mantienen aisladas del resto. Quizás, y como antes observamos, se desarrollen algunas enfermedades de manera más intensa y peculiar⁴¹. Sólo que eso es posible tomarlo como un accidente dentro de la accidentada genética y no como una objeción definitiva. Más aún, y volviendo al registro cultural, sociedades como las citadas han solido ser pacíficas y no han invadido a nadie. Otras, por el contrario, muy mezcladas, han sido y son semilla de conflictos. Me he colocado, repito, de nuevo en campo de la cultura. Efectivamente. Pero porque es ahí en donde debemos colocarnos. Olvidémonos, en consecuencia, de una latente paranoia genética y centrémonos en aquellos aspectos culturales que eliminen la exclusión, hagan que el variado mundo sea, al mismo tiempo, más habitable y en donde⁴² lo particular no se oponga a lo universal sino que lo realice. Es a lo que pasamos, a modo de propuesta siempre desde la Bioética, para acabar.

³⁹ O, en otro terreno, la posibilidad de vender el árbol genético, como han hecho los islandeses, para que se estudien enfermedades monogénicas.

⁴⁰ Esto no es, desde luego, siempre así; piénsese en el alelo que, además de ser el causante de la letal anemia falciforme, resiste a la malaria.

⁴¹ El daltonismo entre los drusos o la enfermedad Tay-Sachs entre los judíos, por ejemplo.

⁴² El gran problema de siempre.

Lo primero que habría que hacer, dicho en términos negativos, es eliminar cualquier prejuicio genetista. Y, en términos positivos y trasladando todo el peso al terreno de la cultura, habría que buscar el equilibrio. Un equilibrio que, por un lado, mantenga las diferencias culturales en cuanto características de los distintos pueblos y, por otro, se enriquezca en la mezcla o, mejor, *combinación* cultural. Y la solución tal vez esté en encontrar ese encaje que hemos de dar a la diversidad o distintos memes dentro de la universalidad de los Derechos Humanos. No es necesario, por tanto, buscar como posesos la mezcla con el resto de los pueblos del mundo, pero sí *reconocer*, en su sentido preciso de respetar, las costumbres de cada uno; sin imponer, a modo de horma, normas comunes. La única norma es la que dice “no” a aquella manera de ser o costumbre que dañe los Derechos Humanos. Si alguien, en fin, se empeñara en cruzar hasta el abrazo forzado todas las culturas, reduciéndolas a algo unitario, además de intentar un imposible, estaría retrocediendo de la cultura a la naturaleza. Con lo cual habríamos construido un híbrido infrahumano, una especie de “spanglish” que no entenderían ni latinos ni ingleses.

Pero, en un paso concreto más, ¿en qué consiste el encaje propuesto? En no exclusivizar lo propio y, al mismo tiempo, en saber que lo que los otros tienen es una invitación⁴³, un espejo, una posibilidad más que podríamos aprovechar. Y, así, en vez de choque de culturas tendríamos *encuentro* entre culturas. Un encuentro semejante al que se puede dar entre algunos de sus memes, como son la ciencia, la amistad o el amor. En caso de que un reducto cultural se atrinchere no sólo tendríamos “sociedades cerradas” sino que se impediría el crecimiento de la humanidad, imponiéndose la hostilidad entre las diversas etnias o poblaciones. Y, en vez de comunidades o pueblos, tendríamos un insensato unilateralismo pseudogenético. El encaje, por otro lado y como es obvio, debería ser intercultural. Ni de absorción ni de indiferencia. Estar en contacto con distintas culturas se parece al aprendizaje de las lenguas; abren el horizonte intelectual, nos hacen conocer matices del conjunto de lo humano, relativizan, autocríticamente, lo propio y dan el sabor de lo único que importa; sentirse en medio del gran barco humano con su siempre in-

⁴³ Muchas veces, que no siempre... los toros, por ejemplo, no son un modelo a imitar.

cierto destino. Más aún, es ésta la condición básica para que algún día podamos construir una política universal en la que cada pueblo aporte sus peculiares acordes a la sinfonía total. Todos, en fin, con los mismos derechos en un Estado cosmopolita o mundial. Y de lo dicho se sigue que está de sobra el multiculturalismo extremo; tanto el reaccionario como el supuestamente progresista. El primero, después de diferenciar las distintas culturas, concluye que la suya es superior, pudiendo oprimir a las que considera, arbitrariamente, inferiores. Es ésta una inmoralidad que se ha cometido y se comete con frecuencia. Y es que, lo insinuamos antes ya, los derechos no los otorgan los demiurgos, el saber, el poder, el dinero o la inercia. Esto sería caer en el autoritarismo o en el fascismo. El multiculturalismo pseudoprogresista, por su parte, opta por dar a cada cultura la capacidad de confeccionar los derechos que desee. Y si lo que desea es la quema de viudas, nadie podría abrir la boca en su contra. Y esto tampoco es de recibo. La tortura, lo repetimos, es reprobable en cualquier parte del mundo, puesto que atenta contra derechos que son universales.

Dos palabras más para precisar lo que venimos entendiendo por combinación equilibrada y de encaje entre lo que es diferente culturalmente. El encuentro o intercambio con otras culturas exige no poca autocrítica. No masoquismo sino sana autocrítica. Porque conocer a los otros nos ofrece la posibilidad de criticar nuestros defectos y romper la ignorancia en la que con tanta frecuencia nos instalamos. Otras culturas nos muestran otras costumbres, otros logros humanos. La autocrítica, para nuestra desgracia, no suele estar a la orden del día. Nos creemos completos, los mejores y con la suerte o privilegio de haber nacido y crecido en un cuasisagrado lugar. Es como si nos hubiera tocado el dedo de Dios. Aprendamos, por tanto, imitemos cuando merece la pena y sepamos cambiar. Es muy difícil que una cultura no haya desarrollado *algún* aspecto de interés. Y es casi seguro que en nuestra cultura nos sobre *algo* por desfasado, inane o simplemente tonto. El encaje en cuestión, en suma, flexibiliza nuestra tolerancia y nos invita a amar, entendiéndoles más o menos, a otros humanos. El explorador acaba Hermanándose con lo descubierto. Escribía Montaigne que los que han viajado mucho hablan sin dogmatismo, escuchan con atención y no alardean de lo que han vivido en casa. Todo ello nos debería llevar a estimar el lienzo en-

tero de la humanidad, compuesto por sus muy diferentes trazos. En la era de una mundialización a veces muy cruel, el tribalismo o la llamada glocalización pueden sacar la cabeza. Porque no se aprende lo bueno que también tiene la globalización y algunos pueblos se pliegan sobre sí mismos. Es verdad que la globalización está siendo la de las finanzas, que la culturización o ilustración de los individuos es más un ideal que una realidad y que la educación se reduce a unos pocos y de forma parcial. Contra esto y para acabar, distribuyamos más justamente la riqueza, la cultura y la educación. ¿Quién tendría que hacerlo? En primer lugar, los que tienen más posibilidades y, por tanto, mayor responsabilidad. Es una cuestión, como siempre, de querer, de voluntad. Si la Bioética ayuda a ello habrá mostrado su lado más práctico. Se habrá hecho, más allá de las necesarias teorizaciones, vida.

Bibliografía

- ALVITE, J. P. y otros. *Racismo, antirracismo e inmigración*. San Sebastián: Garkoa, 1995. 223 páginas.
- BAUMANN, G. *El enigma multicultural. Un replanteamiento de las identidades nacionales, étnicas y religiosas*. Barcelona: Paidós, 2001.
- BERLIN, I. “El retorno del bastón, sobre la ascensión del nacionalismo”, en G. Delannoi y P.A. Taguieff (eds.): *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 425-450.
- BLAS GUERRERO de, A. “Nacionalismo (Teorías y tipologías)”, en: Id. (ed.): *Enciclopedia del nacionalismo*. Madrid: Alianza, 1999, p. 507-513.
- BLÁZQUEZ-RUIZ J. (dir.): *10 palabras clave sobre Racismo y Xenofobia*. Estella: Verbo Divino, 1996.
- CAPELLA, J. R. “Las raíces culturales comunitarias” en Silveira Gorski, H. C. (ed.): *Identidades comunitarias y democracia*, Madrid: Trotta, 2000, p. 63-77.

- CASANOVA, J. “El cristianismo en la esfera pública de la sociedad civil”, en: *Iglesia Viva* 178-179 (1995), p. 395-410.
- CORTINA, A. *Contrato y alianza*. Madrid: Trotta, 2001.
- CORTINA, A. *Ética civil y religión*. Madrid: PPC, 1995.
- DEUTSCH, K. “Hacia una comprensión científica del nacionalismo y del desarrollo nacional: la aportación crítica de Stein Rokkan”, en G. Delannoi y P.A. Taguieff (eds.): *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 407-424.
- DÍEZ MEDRANO, J. *Naciones divididas: clase, política y nacionalismo en el País Vasco y Cataluña*. Madrid: CIS, 1999.
- DUCH, L. “El cristianismo: las dificultades del diálogo”, en: *Iglesia Viva* 168 (1993), p. 515-525.
- ELORZA, A. *La religión política: el nacionalismo sabiniano y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismo*. San Sebastián, R & B Ediciones, 1995.
- ELZO, J. “Nacionalismo, nacionalidad y religión en Euskadi”, en: J. Díez Nicolás - R. Inglehart (eds.): *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*. Madrid: Fundesco, 1994.
- FRAIJÓ, M. “El monoteísmo entre la universalidad y el particularismo (o elección)”, en: Id.: *Fragmentos de esperanza*. Estella: EDV, 1992, p. 169-240.
- FRAIJÓ, M. “Relativismo y religión”, en: Id.: *A vueltas con Dios*. Estella: EDV 1998, p. 243-270.
- GELLNER, E. “El nacionalismo y las dos formas de cohesión en las sociedades complejas”, en G. Delannoi y P.A. Taguieff (eds.): *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Paidós, 1993, pp. 333-365.
- GELLNER, E. *Nacionalismo*. Barcelona: Destino, 1997.

- GONZÁLEZ MONTES, A. *Religión y nacionalismo*. Salamanca: Univ. Pontificia de Salamanca, 1982.
- LUCAS de, J. *El desafío de las fronteras. Derechos humanos y xenofobia frente a una sociedad plural*. Madrid: Temas de hoy, 1994.
- METZ, J. B. “Compasión política: sobre un programa universal del cristianismo en la era del pluralismo cultural y religioso”, en: Foro I. Ella-curía: *Radicalizar la democracia*. Estella: EDV 2001, p. 263-276.
- OLIVÁN, F. *El extranjero y su sombra. Crítica del nacionalismo desde el derecho de extranjería*. Madrid: San Pablo, 1998.
- SÁDABA, J. *Euskadi: nacionalismo e izquierda*. Madrid: Talasa 1998.
- SÁDABA, J. *Principios de bioética laica*, Barcelona: Gedisa, 2004, 139 páginas.
- SÁDABA, J. *La necesidad de la Bioética. (Repensar el Sujeto)*. Santiago de Compostela: Ágora, vol. 18, nº 1 (año 1999).
- SAN ROMÁN, T. *Los muros de la separación. Ensayo sobre alterofobia y filantropía*. Madrid / Barcelona: Tecnos / Servei de Publicacions, 1996 (“Filosofía y Ensayo”).
- SARTORI G. *La soledad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjería*. Madrid: Taurus, 2001.
- SILVEIRA GORSKI, H.C. (ed.): *Identidades comunitarias y democracia*. Madrid: Trotta, 2000.
- SMITH, A. “La ‘legitimación dualista’, matriz del nacionalismo étnico”, en G. Delannoi y P.A. Taguieff (eds.): *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 367-406.
- TOURAINÉ, A. *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Madrid: PPC, 1997.
- ZUBERO, I. “Religión y violencia en el País Vasco”, en: *Iglesia Viva* 187 (1997), p. 83-88.